

DOPPELGÄNGER El cuerpo duplicado de Carmen Mariscal

JORGE VOLPI

Los espejos y la cópula son abominables,
porque multiplican el número de los hombres.

BORGES, *Tlön Uqbar, Orbis Tertius*

1

En algún momento del curso académico 1845-46, la empeñosa Julie von Güldenstübbe, a la sazón de 13 años, pudo contemplar como su profesora, la señorita Emilie Sagée, se dividía de pronto en dos mitades. Tal como le contó al escritor inglés Robert Owen años más tarde, en determinado momento la señorita Sagée empezó a ser imitada por su doble —o acaso era su lado maligno— ante la sorpresa y el espanto de las veinte o treinta alumnas del Pensionat von Neuwelcke. Según el posterior relato de la aristócrata letona, la doble de la señorita Sagée repetía sus movimientos, danzaba o se detenía al unísono con ella, como si su imagen se hubiese escapado de un espejo. A tantos años de distancia, resulta imposible saber si *madame* Güldenstübbe y sus compañeras sufrieron una alucinación colectiva o si su recuerdo quedó distorsionado por una imaginación demasiado despierta (de haber nacido unas décadas después, habría sido una paciente ideal para Sigmund Freud), pero ella no dejó de jurar hasta la muerte que había presenciado aquel prodigio, la súbita aparición de la *doppelgänger* de la señorita Sagée.

2

Si, como sentencia Jorge Luis Borges, los espejos y la cópula son aborrecibles porque multiplican a los hombres, la fotografía debería ser considerada un invento doblemente maléfico. A fin de cuentas sólo tienen el coraje de evitar la reproducción los espíritus más solitarios o más firmes —como el propio escritor argentino— y el poder de los espejos es sólo temporal, pues son ventanas en las que podemos asomarnos pero que no siempre nos contienen. La fotografía, en cambio, fija el horror de manera indeleble. Como demuestra con creces la obra de Carmen Mariscal, la fotografía es un espejo permanente que, como creían las tribus primitivas, es capaz de arrancarnos el alma.

3

Sería irrelevante afirmar que Carmen Mariscal fotografía el cuerpo —o, para el caso, *su* cuerpo—, cuando en realidad lo multiplica. Cada una de sus imágenes es una *reproducción*, en el sentido original de la palabra: un acto de creación y de desdoblamiento. Igual que la señorita Sagée, Carmen Mariscal —o su cuerpo, que es también cualquier cuerpo, *nuestro* cuerpo— se duplica y al hacerlo adquiere una existencia propia, al margen de la suya. Las imágenes que la retratan, o que retratan distintos fragmentos de su cuerpo —pies, manos, torsos, cabezas—, parecen desear una vida autónoma al margen de la suya. No son simples imitaciones, productos de la vieja mimesis griega, sino partes de sí misma que se mueven solas por el mundo. Mientras tanto nosotros, los espectadores de su obra, somos idénticos a Julie von Güldenstübbe y los demás pupilos del Pensionat von Neuwelcke: atónitos observadores de los guiños y las muecas de su inquieta *doppelgänger*.

4

En un sentido etimológico, el *doppelgänger* implica un doble que se mueve. Como los cuerpos de Carmen Mariscal que se desplazan atolondrados por los muros.

5

Las piezas de Carmen Mariscal son espejos. Quien se asoma a ellos cree mirar un cuerpo ajeno sin saber que atisba su doble. Carmen Mariscal nos enfrenta, dulce y sabiamente, con nuestra otra mitad, nuestro oscuro *doppelgänger*.

6

Un rostro de mujer —¿pero estamos seguros de que es una mujer?— con los ojos cerrados y el cabello recogido. Tal vez sea un andrógino (la duplicidad reunida) o tal vez seamos nosotros sin saberlo. Poco importa. Lo relevante es la resquebrajadura que divide el rostro en dos mitades asimétricas. Una línea quebradiza que proviene del fondo o del paisaje —una pared descarapelada, su escenario favorito— desgarró la cara en dos segmentos enfrentados. Pero, como demuestran los labios entreabiertos y la serenidad del semblante, no hay horror en esta división, ni siquiera pasmo, sino una aceptación silenciosa y casi placentera. La partición de cada uno es inevitable, parece decirnos la artista. Carmen Mariscal posee un *doppelgänger* satisfecho.

7

Dos fetos, casi homúnculos, retratados en su inofensiva desnudez, uno al lado del otro, como las imágenes invertidas de un espejo. ¿Cuál es el anverso y cuál el reverso? ¿Cuál el negativo y cuál el positivo? En el mundo de Carmen Mariscal no hay polaridades ni juicios de valor, sólo la apabullante ambigüedad de cada uno.

8

Nuestra obsesión por los dobles no podría ser más lógica. Todos hemos sido modelados a partir de la unión de dos mitades. La información genética de nuestras células proviene en partes iguales de un hombre y una mujer. Y no es casual que nuestro código genético haya sido comparado por James Watson y Francis Crick con una “doble espiral”. La duplicidad nos habita desde el nacimiento. En estricto sentido todos somos seres divididos. Carmen Mariscal no hace más que *mostrar* esta espeluznante e inevitable partición.

9

Según cuenta Platón, en el origen de los tiempos los seres humanos éramos criaturas andróginas, poseedoras de ambos sexos. De buenas a primeras, un aciago demiurgo nos cercenó por la mitad, condenándonos a sentirnos solos y miserables y a buscar, con angustia o desenfreno, nuestra mitad perdida. Como esas mujeres de espaldas, con la cabellera revuelta y los brazos extendidos, que sólo parecen anhelar el reencuentro con esas otras mujeres —¿o son la misma?—, de frente, con la cabellera igualmente extendida, que se preparan plácidamente para la reconciliación.

10

¿Carmen Mariscal? ¿Cuál de ellas? ¿La que fotografía, la que posa, la que se funde con las texturas porosas o descascarilladas de sus muros? ¿La que nos mira? ¿La que nosotros miramos? ¿Cuál?

11

Según las leyendas germánicas, la aparición de un *dopplegänger* debe ser interpretada como el anuncio de un hecho ominoso o terrible, como una señal de mal agüero. Aquí, en cambio, Carmen Mariscal convierte al *doppelgänger* en un mensajero enigmático pero pacífico, una especie de ángel de la guarda.

12

El verdadero *dopplegänger* de cada uno sólo se produce mediante la cópula, cuando una mitad de nosotros cobra vida en el cuerpo de nuestros hijos. Por eso los fetos, que tanto fascinan a Carmen Mariscal, resultan a la vez terroríficos y entrañables. Son parte de nosotros sin ser nosotros, criaturas modeladas con la mitad de nuestros genes pero que poseen un alma propia, independiente de la nuestra. El feto es el símbolo primario de la vida que se prolonga y que se mantiene a pesar de todo, pero también es el anuncio de la vejez y de la muerte. No es extraño, pues, que esa mujer se cubra el rostro con las manos ante el cúmulo de fetos que brotan de su vientre, que se alimentan de ella —que la devoran poco a poco— por medio del cordón umbilical. Monstruos y prodigios reunidos en un solo icono, los fetos de Carmen Mariscal también son el reverso, a veces horrible, a veces nostálgico, de cada uno de nosotros.

13

La duplicación que se duplica. Las cajas de Carmen Mariscal son espejos reconcentrados, espejos a la enésima potencia, aberturas que nos muestran cuerpos repetidos sin remedio. Sombras vagas, reflejos, espejismos. Se dice que al poner dos espejos frente a frente sería posible contemplar —ay— el infinito, las dos mitades del cosmos por fin entrelazadas, como las manos de las mujeres de Carmen Mariscal que permanecen atrapadas en el interior del cristal y la madera.

14

¿Quién nos mira desde el otro lado del espejo, Carmen Mariscal?

15

Pensemos en esto: sin espejos —o sus sucedáneos, el agua, los vidrios, los cristales, la fotografía—, jamás podríamos saber cómo luce nuestro rostro. ¿Podemos imaginar siquiera esta posibilidad?

16

En la película una mujer se contempla en el espejo, frente al lavabo. La mitad de su rostro surge de la penumbra. No sabemos qué siente, pero su expresión parecería indicar que es la primera vez que se descubre, la primera vez que se contempla en un espejo. A

continuación la mujer se toca la cara. Trata de reconocerse. Y entonces el espejo se quiebra sin remedio. Desesperada, la mujer persigue su reflejo en el agua que corre y observa, impotente, como sus rasgos se deslizan poco a poco por el desagüe. En el fondo, nos sugiere Carmen Mariscal, la vida no sería más que ese encontrarse y perderse en el agua, o en un espejo.

17

En la versión de Oscar Wilde del mito griego, Narciso se mira una y otra vez en un estanque, embelezado con su propia belleza. Y el estanque lo permite sólo porque así puede contemplarse, por unos segundos, en los ojos de Narciso.

18

Los cuerpos duplicados de Carmen Mariscal habitan en los muros y en las puertas, esas superficies planas que nos rodean y aprisionan sin que nos demos cuenta. Igual que las paredes, nuestras pieles también se ajan y estropean, también se rompen y fraccionan ante el implacable paso de los años. Quizás el *doppelgänger* no sea más que eso, nos sugiere la artista: el recuerdo de nuestra juventud pasada.

19

¿Por qué le tendremos tanto miedo a la clonación? ¿Por qué ese terror íntimo e implacable a la duplicación exacta de nosotros mismos? ¿Por qué esa obsesión por ser irrepetibles? Por más serenos que nos parezcan, los cuerpos duplicados de Carmen Mariscal nos anuncian el momento atroz en que veremos nuestro propio rostro repetido una y otra vez en los rostros de los otros.

20

En uno de los capítulos de la serie que producía para la televisión, titulado "El caso del Sr. Pelham", Alfred Hitchcock nos presenta la historia de un ejecutivo que poco a poco es suplantado por su doble, un Sr. Pelham igual a él, sólo que provisto de más garra y determinación. El episodio concluye cuando el "falso" Sr. Pelham se apodera de forma definitiva de la existencia del "original". ¿Es este el terror originario que nos inspiran los sosias, los *doppelgänger*, los gemelos idénticos, los dobles? ¿La posibilidad de ser sustituidos por nuestras copias? ¿La idea de ya no poder ser *originales*? ¿O, peor aún, la sospecha de que todos somos copias de un original perdido? En cada una de sus piezas,

dotadas de un perverso lirismo que revela una inmensa sabiduría plástica, Carmen Mariscal nos susurra esta desazonadora conclusión.

San Sebastián, 10 de abril, 2006